

EL CHORIZO

Había una vez, en un pueblo de Castilla, un perro y un gato que vivían en una casa de campo y se pasaban el día y la noche fuera, en el jardín. Un día los dueños de la casa dejaron al salir la puerta abierta.

-Mira –le dijo el perro al gato-, la puerta está abierta. ¿Entramos?

Los dos animales entraron en la cocina. Era una habitación muy grande y aunque era verano dentro hacía fresco. Encima de una gran mesa había un succulento chorizo. El perro lo vio y le dijo al gato:

-Mira qué chorizo tan grande hay encima de la mesa. ¡Qué color más bonito tiene!

El gato saltó sobre la mesa, y con las patas lo hizo caer al suelo. El perro lo cogió entre sus dientes y se lo quiso llevar para comérselo él solo. El gato, naturalmente, protestó:

-¿Qué haces? Es mío. Yo lo he hecho caer –dijo.

-Pero yo lo he visto y yo lo he cogido. Así que es mío –respondió el perro.

Como los animales no tienen ni abogados ni tribunales estuvieron discutiendo largo rato.

-¡Es mío! –decía el gato.

-No. ¡Es mío- gritaba el perro.

El ruido de la pelea despertó a un mono que estaba durmiendo tranquilamente, fuera de la cocina, a la sombra de un olivo. El mono, que no era muy grande pero era muy listo, entró en la cocina.

-¿Qué pasa? –preguntó-. ¿Qué ruido es este? ¿Por qué se pelean ustedes?

El perro y el gato le contaron a gritos lo que había pasado.

-Yo salté y lo hice caer al suelo –dijo el gato.

-Pues yo lo vi y lo cogí –dijo el perro.

-Nada –dijo el mono-. No sufran ustedes. Esto tiene fácil arreglo.

El perro y el gato lo miraron con admiración y respeto. Entre los animales los monos tienen mucho prestigio porque todos piensan que ellos han aprendido mucho de los seres humanos.

-Los dos tienen derecho –continuó el mono-, ya que los dos han hecho algo para conseguirlo. Yo les doy un buen consejo: tienen que comérselo pronto. Si vienen los dueños de la casa y ustedes siguen discutiendo, van a perder el chorizo y van a ganar un buen castigo.

-Es verdad –respondieron el perro y el gato.

-Miren ustedes –siguió el mono-, yo lo parto por la mitad y cada uno de ustedes se come una parte.

-¿Por qué no hemos pensado antes en esto nosotros mismos? –preguntó el perro. Y quedó admirado de la inteligencia del mono.

El mono cogió un cuchillo de un cajón y partió el chorizo en dos partes.

-Esperen, que una ha quedado un poco más grande que la otra. Tienen que ser iguales, claro, porque ustedes dos tienen el mismo derecho –dijo.

Para hacer justicia el mono comió un poco de la mitad más grande. Pero no quedaron iguales y el mono no quedó contento y comió un poco de la otra mitad. Fue comiendo un poco de cada parte, que nunca quedaban iguales, y así desapareció todo el chorizo.